mundo gráfico

AÑO XXVIII
Número 1.377
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

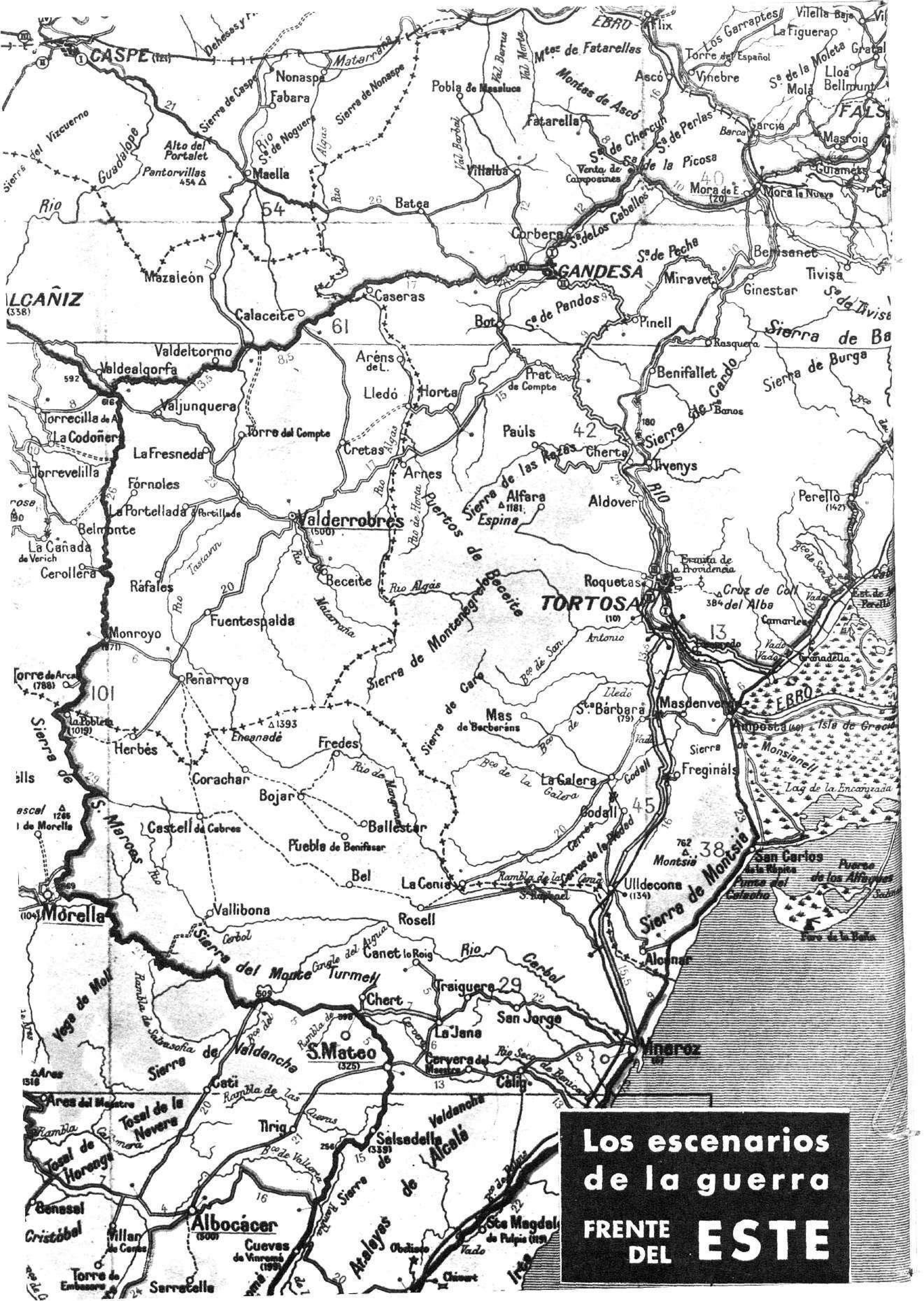
Miércoles, 23 de Marzo de 1938

40 cts.

Hace unos días se celebró en Barcelona un acto, organizado por la Unión de Mujeres de Cataluña, con motivo de la Jornada Internacional de la Mujer. He aquí los oradores que intervinieron *en el mitin:* Margarita Nelken, Dolores Bargalló, Josefina Belda, Reyes Beltrán y Dolores Piera

LAS MUJERES DE CATALUÑA ANTE LA GUERRA

Un aspecto parcia del local en que se celebró el acto
(Fots. Torrents)



Los escenarios de la guerra

FRENTE DEL ESTE

AUSTRIA

Figuras y episodios del drama

En qué consistia el plan "R. H."

Viena ha sido en estos días la ciudad que ha atraído las miradas apasionantes de todo el mundo. Todavía, durante mucho tiempo, Europa seguirá mirando hacia allá. ¿Qué horas futuras engendrará este drama que vive hoy Austria?

Ayer y hoy

Hace veinte años era la guerra todavía. Existía el Imperio Austrohúngaro, formado, entonces, por un territorio de 260.000 millas cuadradas, con cincuenta y un millones de habitantes. Acabó la contienda. Se firmaron los Tratados de Versalles y Saint Germain. El Imperio quedó roto, fragmentado, atomizado. El tiempo comenzó a pasar. Hoy, a los veinte años de aquel tiempo, Austria era un territorio de 32.000 millas cuadradas, con seis millones y medio de habitantes. Sólo su capital tenía un tercio de la población total del país. Y ahora, en estos días, Austria es ya Alemania.

Una figura del drama: Miklas

Miklas era el presidente del Estado austríaco. Profundamente católico, ha vivido la tristeza de ver cómo su país— —entrañablemente católico también, como es sabido—era absorbido por el Tercer Reich, acusado de paganismo y en conflicto con el Vaticano.

De tan arraigado catolicismo es su familia, que de los once hijos del presidente, dos son monjas y dos monjes. Cuando Miklas iba al colegio, sus camaradas le llamaban *el Mandón*, por su aspecto seriote y autoritario. Esta misma condición suya la conservó siempre. Cuando fué presidente de la Cámara de Diputados se hizo popular su modo de agitar la campanilla, fuerte e insistentemente, cuando quería dominar el oleaje de la asamblea. Pero al llegar a jefe del Estado perdió este sentido riguroso de la autoridad, y fué lo que quisieron sus cancilleres que fuera. El vaivén político lo fué inclinando a uno u otro lado. Ahora, ante la imposición alemana, aun quiso mostrar un último alarde de autoridad, aun quiso resistir... Pero, al fin, cedió, con lágrimas en sus pequeños ojos azules. Quedó, cuando vió que toda resistencia era ya imposible, deprimido, destrozado. Acudieron a él unos sacerdotes para consolarle, para serenarle. Al salir de la visita los religiosos, aparecían profundamente impresionados: habían visto a aquel hombrón fuerte, atlético, deshacerse en rabia y en desencanto como un chiquillo.

Seyss-Inkuart

Extraño es también el caso del doctor Seyss-Inkuart, de noble familia católica. Su hermano fué sacerdote, y durante algún tiempo, confesor de la emperatriz Zita; hoy es jefe de una prisión. Seyss-Inkuart tenía, y tiene, fuertes vínculos con los legitimistas partidarios de la restauración de Otto y con la Iglesia Católica. A pesar de ello, se inclinó del lado del hitlerismo. Hasta tal punto, que en los acuerdos que siguieron al Tratado de 11 de Julio de 1936 entre Austria y Alemania fué designado «conciliador». Es decir, representante de los nazis austríacos—alemanes, por tanto—para llevar a cabo la reconciliación allí pactada y no convertida en hechos hasta ahora.

El plan «R. H.»

Es curioso recordar ahora, cuando ya los hechos tienen la fuerza de lo consumado, el plan *R. N.* (o plan *H. H.*, según otras informaciones). Schuschnigg, el caído canciller, comunicó ese plan a los Gobiernos de París, Londres y Roma, preguntándoles si podría contar con su apoyo para el caso de que aquellos propósitos se quisieran llevar a cabo. «Lo sentimos mucho, pero... nada más», vinieron a decir aquellas respuestas. Añadían que Austria debería entenderse con Alemania para evitar un conflicto europeo.

Ese plan *R. H.* fué encontrado en el Cuartel General nazi de Teinfeltstrasse, cuando la Policía penetró en este local en los primeros días de Febrero y detuvo allí a un insignificante señor José Tars. El plan estaba, redactado en clave, en un bolsillo de éste. Muy a la mano, en un cajón del despacho, la Policía encontró el código que permitía descifrar aquel documento.

El plan—verdadera sentencia de muerte de Austria—debería ser puesto en práctica en Abril. Las iniciales *R. H.* que figuran en el documento correspondían a Rudolph Hess, el lugarteniente de Hitler. Los que afirman que son *H. H.* las atribuyen a Heinrich Himmler, otra de las figuras más destacadas del Reich. En cualquier caso, es indudable que el documento tenía un auténtico valor oficial.

Todo indica que la «sorpresa» de Teinfeltstrasse fué preparada por los nazis; por eso el código que permitiría al Gobierno austríaco conocer el plan alemán fué convenientemente dejado en un cajón sin llave. El plan consistía en un levantamiento general nazi en Austria, de tipo terrorista y con decisión de llegar a todo. Sería secundado encubiertamente desde Alemania, hasta que de la impotencia del Gobierno para dominar la situación naciese un estado de anarquía, con lo cual las tropas alemanas penetrarían en Austria para restablecer el orden y evitar que alemanes «siguiesen matando alemanes»...

Este era el plan que Schuschnigg conoció e hizo llegar a Londres, París y Roma. Del propósito de llevarlo a cabo tuvo inmediatamente señales inequívocas. La primera persona que Hitler le presentó, en Berchtesgaden, fué el general Walter von Reichenau, el más nazi de los jefes militares alemanes. En el plan descubierto, este general figuraba como «jefe del ejército de intervención en Austria».

Historias de nuestra guerra

XXV

"EL MAESTRITO"

H... que el triunfo en la... ecciones de Febrero no devolvió al pueblo a los dirigentes proletarios que estaban presos o huídos, no pudo inaugurarse la Escuela. La habían construído los campesinos del Sindicato. Céntimo a céntimo, reunieron los miles de reales que costó el solar en una punta del pueblo, al borde de la carretera general. Para elevar la casa trabajaron todos, hurtándole horas al descanso después de las rudas faenas del campo. Los labriegos acarrearon por sí mismos, de las canteras de la sierra próxima, la piedra necesaria. Se formaron cuadrillas voluntarias de peones, que trabajaban a deshoras, hasta de noche en el buen tiempo. Huelgas y dificultades económicas entorpecían con frecuencia la construcción. Estaba la casa ya terminada, logrados, a costa de mil esfuerzos, herrajes y material, bancos y pupitres; lucía ya en letras áureas, en el frontis, el rótulo Escuela Popular cuando la represión del movimiento de Octubre disolvió al Sindicato, llevó a unos hombres a la cárcel, y a otros, a la emigración.

Para regentar la Escuela, llegó, recomendado por los compañeros de la capital, un maestro joven. De apariencia tan feble, tan pobre físicamente, con su rostro pálido, sus grandes ojos míopes y su sonrisa de niño, que, a pesar de tener treinta años, los campesinos, desde el primer instante, le apelaron *el Maestrito*.

Por la mañana y por la tarde, *el Maestrito* daba lección a un puñado de rapaces, tropa infantil montaraz. Pero su más intenso trabajo, en el que exigía todos sus fervores, era, luego, por la noche, cuando los hombres que venían del campo, rendidos de la dura jornada, apenas consumían la frugal cena, se apresuraban a llenar la Escuela.

Tosía con frecuencia *el Maestrito*, sobre todo por las noches, cuando la escuela se llenaba de hombres y de humo de cigarrillos. Hubo quien lo notara, y en el Sindicato por modo unánime, se acordó que en la Escuela no se fumara.

Llegó el mes de Julio, y estalló la tormenta dramática de la rebelión. Del pueblo, hacia los frentes donde se combatía, salían los primeros milicianos. En el Sindicato se les aprovisionaba de armas. *El Maestrito*, una noche en que partían para la lucha los más jóvenes, los más fuertes, se obstinaba en ir con ellos. Por primera vez alguien osó sonreír desdeñoso. ¡Pobre *Maestrito!* ¿Dónde iba él tan endeble, tan poca cosa, con sus manos pálidas de enfermo y sus lentes enormes de míope?

Pero a los pocos días, solo, sin que nadie lo advirtiera, *el Maestrito* desapareció del pueblo.

Más de un año había pasado, cuando una tarde—precisamente había reunión en el Sindicato—un camión sanitario dejó en la plaza del pueblo a un militar. Llevaba las insignias de teniente, y unas grandes gafas negras le ocultaban los ojos.

Se apoyaba en un bastón, y un soldado, cogiéndole del brazo, guió su paso torpe hasta el portal del Sindicato.

Era *el Maestrito*. Cuando se fué del pueblo enrolóse de miliciano en Madrid. Se había batido bravamente en la Sierra, y en campos de Toledo la explosión de una bomba le derribó, herido y ciego. Estuvo meses convaleciendo en un hospital.

Inútiles fueron los esfuerzos de la Ciencia para devolver un poco de luz a sus pupilas, ya muertas para siempre. E inútil ya para la lucha, al pueblo venía a residir.

Esperó *el Maestrito* a que se calmaran la sorpresa, el entusiasmo, por su llegada. Le abrazaban todos, y tras los cristales negros, sus ojos muertos lloraban de emoción.

Serenóse pronto. Y con la voz ya firme, fué su primera pregunta:

—¿Y la Escuela? ¿La han bombardeado?

Le contestaron que no, que estaba intacta, y entonces dijo *el Maestrito* sencillamente:

—Pues entonces ya sabéis: esta noche, a la hora de siempre, empezaremos la clase. No podré leeros nada, naturalmente. Pero, descuidad, que no faltarán lecciones que explicaros.

J. F.

Los enemigos de todos

El especulador clandestino

NUEVAMENTE, en esta semana, el gobernador civil de Madrid ha hecho pública una nota en la que se vuelve a estimular la colaboración ciudadana para evitar los abusos de la especulación clandestina sobre víveres.

Se excita a los madrileños a cumplir con el deber cívico de denunciar ante las Comisarías de Vigilancia a los particulares que, aprovechándose de las circunstancias, se han convertido en comerciantes clandestinos y usurarios.

Por mucha que sea la actividad de las autoridades, no se podrá acabar con ese nuevo tipo de delincuente si no se cuenta con la colaboración ciudadana, si no desaparece esa especie de complicidad colectiva, mediante la cual el comprador necesitado se liga al vendedor que le estafa y le guarda el secreto del latrocinio por el temor a perder nuevos abastecimientos.

¿Por qué se compra? ¿Por qué se paga así? Es—se dice—la necesidad, que no reconoce ley. Pero que la necesidad exista no puede justificar jamás que haya quien de ella haga logro y abuso. Sin contar con que los mismos que de ella se lucran son los primeros en que la necesidad exista, y contribuyen a sostenerla e incrementarla.

Y he aquí la clave de la cuestión: ¿Dónde encuentran, por qué pueden comprar esos especuladores víveres que a los demás ciudadanos nos están vedados? Si no pudieran adquirirlos, no podrían especular usurariamente con ellos.

Pero esos turbios negociantes tienen muchos caminos abiertos todavía. Mientras en Madrid rigen, disciplinadamente, tasa y racionamiento, hay aún en la España leal zonas donde hay ciertos artículos abundantes y donde los precios se rigen aún por la ley clásica de la oferta y la demanda.

Y ahí está el origen del abuso, porque ahí es donde nace la injusticia. Ella nace de la desigualdad. Mientras Madrid, héroe y mártir, está racionado y tasado, hay sitios donde no conocen límites en el consumo y en el precio, donde sobra bastante y se vende al mejor postor. Madrid no puede abastecerse, en la medida mínima de sus necesidades, de frutas, verduras y pescados, porque en Madrid rige una tasa con arreglo a las posibilidades económicas de sus habitantes, y otros mercados de mayor poder adquisitivo, porque no tienen tasa, absorben todo el volumen de las zonas de producción. Y en esas zonas merodean los especuladores privados; ellos no regatean; ellos, seguros de la ganancia enorme y clandestina, pagan cuanto les piden.

El problema no es, pues, sólo de policía y acción cívica sobre los logreros. La raíz está en evitar la desigualdad, en nivelar a todos en idéntico sacrificio; que el racionamiento y la tasa se impongan por igual en todos los pueblos de la zona leal; considerar los víveres como artículos de guerra, prohibiendo su comercio privado, para que sólo el Estado, los organismos oficiales y las entidades con autorización y responsabilidad, puedan comprar y vender artículos alimenticios.

Y como complemento, y secundando las iniciativas oficiales, a todos nos incumbe esforzarnos por aclarar esa atmósfera turbia de complicidad, egoísmo y falta de decisión, en la que medra el especulador. Si para un hombre honrado el pícaro que roba carteras o da el timo del entierro es un delincuente vulgar, hay que deshacer la idea de que el que vende víveres a precios abusivos no es más que un «tipo listo» o un «hombre de negocios». En estas circunstancias, el que adultera los alimentos o los acapara o los encarece es peor delincuente que quien perpetra un atraco o prepara un timo.

Equidad—que es el fundamento de la Justicia—en la distribución de víveres. Unidad de precios, para evitar que sólo los disfrute el mejor postor. Obligación cívica ineludible de denunciar al especulador abusivo. Y si aun con todo esto alguno logra filtrarse por las mallas sutiles del contrabando, que la ley de guerra, inexorable, caiga sobre él, no con multas, que el agio cubre fácilmente, sino con la sanción máxima que se aplica al delito de traición.

A consecuencia de esa entrevista, Coudoyanis adquiere inmediatamente aquella Casa Meunier y Compañía, cuya actividad se había paralizado al morir Pisard. Pudo hacer fácilmente la operación, porque nadie sintió la menor sospecha sobre lo que en realidad pudiera haber tras la labor de aquella razón social.

Trabajo, intensidad, peligro... Una vez más, Ana María Lesser, en ese ambiente y con esa tarea, se siente en su clima verdadero. Está trabajando ahora con más intensidad que nunca.

XIII

MEDIO MILLON DE FRANCOS POR UNA ESPIA

...Y entre el amor, una vez más...

De esa labor que realizaba Ana María nada sabe Constantino Coudoyanis. Ella obra por su cuenta, atendiendo a lo que juzga que puede ser interesante para el Mando alemán.

Una tarde de domingo, en un café de París, traba amistad con un oficial francés, sentado ante la mesa inmediata. Salen juntos del café, y el militar acompaña a Ana María hasta el hotel en que ella vive. Quedan citados para el día siguiente. La muchacha ha causado una profunda impresión en aquel hombre.

En la entrevista siguiente, el oficial, seducido por la belleza y la feminidad extraordinarias de *Mademoiselle Doctor*, cuenta a ésta quién es, lo que hace, cuál es su vida... Trabaja en la Sección de Contraespionaje del Estado Mayor General francés. Tiene los hilos de numerosos servicios de importancia. Hábilmente, Ana María va obteniendo datos y referencias de un gran interés.

Se ven otras veces. El oficial está ardientemente enamorado de la espía. Entre sus palabras de pasión mezcla secretos militares. Ana María finge, muy femeninamente, interesarse por aquel hombre, por sus confesiones de amor, por sus proyectos para más adelante.

—Si usted quisiera...—la dice—. Yo estoy solo en París.

Mientras Ana María empieza a vivir su nuevo idilio, allá, en Berlín, Matthesius comienza a recibir informaciones de un gran valor. Le llegan las informaciones a través de distintos países neutrales, por los conductos más insospechados. Los ojos vivaces de Matthesius brillan alegremente ante los informes cifrados que recibe.

—Esta *Mademoiselle Doctor*—se dice a sí mismo—es admirable.

Propósito de boda

El oficial del Contraespionaje francés se ha enamorado sinceramente de Ana María. La creyó, primero, una de esas muchachas que en París frecuentan los lugares de diversión, en constante juego entre el Bien y el Mal. Pero pronto se convenció de que Ana María era una excelente chica, apenas sin malicia. Podría convertirse fácilmente en una burguesita perfecta, en una ideal mujer de su casa...

Y con este propósito, el oficial, durante una de sus charlas de novios, habla de boda a Ana María. Pasean los dos por los alrededores de la ciudad. Tiene la tarde una honda y diáfana serenidad.

—Verás. Podríamos casarnos. Podríamos tener un hogar...

Ana María aprieta fuertemente las manos a su novio. En los ojos femeninos hay, al mirar a aquel hombre, una conmovida gratitud.

Ella no se atreve a decidir por sí misma. Ha de consultar con sus padres, que viven allá, en un pueblecito del mediodía de Francia.

—Iré—dice—mañana a verlos. Cogeré el primer tren que salga de París. Hace tanto tiempo que no les veo.

Esa misma noche se entrevista con un oficial alemán que el Servicio de Información de Berlín ha enviado a Francia para tratar de obtener ciertas noticias que interesan al Mando militar germánico. (El griego Coudoyanis ignora la llegada de este oficial, como el militar, a su vez, desconoce la existencia del griego.)

E inmediatamente Ana María marcha de París.

Una alegría y una preocupación

Está varios días viajando por Francia, adquiriendo informes y realizando gestiones de un gran interés. En Fontainebleau se ve con un enviado especial de Matthesius, al que da toda la información obtenida. Regresa después a París. Y la misma tarde de su regreso va a buscar a su prometido.

Ya otras veces fué con él hasta la puerta de las oficinas en que trabajaba. Ahora va también a buscarle, como otros días. Pregunta a un ordenanza en la puerta.

—No, no ha salido todavía.

Le espera en la calle. Tarda un buen rato en salir. Cuando se ven se abrazan alegremente. Ella le cuenta que los padres han dado su autorización para el matrimonio. Que pueden iniciar las gestiones ya.

El oficial acoge con júbilo la noticia. Empiezan a andar, del brazo, lentamente. No tarda Ana María en advertir en las palabras y en la expresión de su novio cierta preocupación. Está inquieto, nervioso, como si algo le atormentase interiormente.

—¿Qué te pasa? Encuentro un no sé qué extraño en ti esta tarde.

—Sí... Verás... Pero entremos en este café. Hablaremos mejor.

La confidencia en el café

Entran en un café casi desierto. Si sientan ante la mesa de un rincón. La palabra del novio se hace más tenue, más confidencial.

—Hemos tenido un día de un trabajo extraordinario. Porque ha llegado a nosotros una preocupación más. Y esta de hoy, de verdadero volumen. Se trata de la comunicación hecha por dos agentes nuestros, que dicen haber visto a una persona a la que tenemos en el registro de las que trabajan por cuenta de Alemania. Es una mujer. Al parecer, se trata de una espía de extraordinaria sagacidad y positivamente peligrosa. Tenemos orden de buscarla e indentificarla, sea como sea.

En el próximo número: XIV.-ESPIONAJE CONTRA ESPIONAJE

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

"Mater admirabilis"

PRESTABA yo servicio en un hospital de sangre. Las horas de la guardia anterior habían sido abrumadoras de trabajo. Se había librado en el frente más próximo un rudo combate. Al anochecer nos llegó un convoy de heridos, y médicos, practicantes y enfermeras trajinamos sin descanso hasta la madrugada.

Antes de amanecer ya estaban hechas todas las primeras curas, y los reconocimientos, los diagnósticos y los heridos ya reposaban en sus camas, en ese ambiente sedante de limpieza y de cuido que, después del fragor de la lucha, es para el combatiente un remanso de paz, de un bienestar espiritual tan intenso que llega a influir y a sobreponerse al dolor físico.

A la tarde siguiente, a las horas señaladas para la visita, empezaron a llegar, con los de los anteriormente hospitalizados, los familiares de los nuevos heridos. Entonces fuí testigo de una escena de serenidad, de estoicismo, de dominio espiritual, que es la anécdota que con más emoción recuerdo de la guerra.

Había en una de las camas un muchacho herido de un tiro en el hombro izquierdo. Se le había extraído por la mañana la bala, y aunque lógicamente quebrantado y pálido, como estaba sin fiebre, su estado era satisfactorio. Llegaron a visitarle sus familiares, tres hermanas, que, por su traje, revelaban pertenecer a la clase media ciudadana. Al ver al muchacho prorrumpieron en llantos y quejas. Una de ellas, la que aparentaba más edad, extremaba sus lamentos y reproches en voz alta:

—¿Ves, loco? ¿Por qué te fuiste? ¿No te tenía dicho lo que te iba a pasar?

Realmente, aunque sean naturales estas escenas en la primera entrevista de los familiares con el herido, aquellas tres mujeres, quizá por un exceso nervioso, estremaban demasiado sus gritos y lloros en torno al herido: que no todo el mundo tiene el mismo pudor de sus dolores, y hay quien parece que toma la medida de sus sentimientos con la fuerza de los gritos.

En la cama de al lado estaba otro herido: y, éste sí, de verdadera gravedad. Tenía la cabeza y la cara totalmente vendadas, cerrados los ojos, sumido en las nieblas de ese hondo letargo, tan semejante a la muerte, que produce la anestesia. El muchacho había recibido un balazo en la cabeza. A su lado, contemplándolo en silencio, con un gesto de infinito dolor en el rostro cetrino, de mejillas consumidas, estaba su madre. Por su porte, una artesana o una campesina habituada al trabajo. Se cubría el cabello de tonos ya grises, casi blancos, con un pañuelo de luto, y le colgaba de los hombros un pequeño mantón negro.

Como el llanto ruidoso y las lamentaciones en voz alta de las otras visitantes formaban realmente una algarabía molesta, la madre enlutada se acercó a ellas. Pasaba yo en aquel instante entre las dos camas, y pude oír sus palabras, serenas y correctas:

—Compañeras—les dijo—. Hagan el favor de no gritar tanto. Consideren que en la sala hay otros heridos, y puede molestarles.

Rápida, como una centella, la mayor de las otras tres visitantes clamó:

—Pero, ¿qué dice usted, señora? ¿Cómo vamos a contenernos si este que está herido es nuestra sangre, nuestro hermano?

Entonces, la mujer del pueblo se irguió con un gesto de firmeza, de orgullo. Y con voz entera, acentuando enérgicamente el tono, contestó:

—Y ése—y señaló a la otra cama—es mi hijo. Lo único que ya me queda en el mundo. Su padre murió peleando en la Sierra. A mi otro hijo, el mayor, lo mataron en Talavera. Los tres salieron de casa porque quisieron: voluntarios, por sus ideas. Como vuestro hermano. Nadie nos los quitó; nadie les hizo fuerza. Y cuando los hombres se portan así, las mujeres no debemos llorar sino como yo.

Se pasó, con un ademán enérgico, las dos manos, de dedos morenos y sarmentosos, por las pupilas y las mejillas secas, sin huellas de lágrimas, y dijo, rotunda:

—Miradme a mí: ¡yo estoy llorando por dentro!—JUAN FERNÁNDEZ ORTEGA».

Ignorancia

«Nuestra compañía estaba atrincherada en la falda de un monte de encinas que en otro tiempo fué coto de caza de propiedad privada.

Aquel día el enemigo había intentado por tres veces llegar a nuestras líneas, y por tres veces lo habíamos rechazado, causándole bajas vistas. Sus morterazos no nos habían hecho mella, y, en cambio, nuestros fusiles y ametralladoras habían hecho caer a bastantes asaltantes.

Ya por la tarde, comentábamos la obstinación inútil del enemigo y las pérdidas que, sin lograr nada, había sufrido, cuando el camarada Castrillo, un andaluz muy simpático y valiente, exclamó:

—Les está bien empleado, ¡por ignorantes!

—¿Qué tiene que ver en esto la ignorancia?—le preguntamos, extrañados.

—Pues, naturalmente—respondió él—. Si supieran leer el castellano, habrían visto que por este monte no se puede circular libremente. Ahí lo dice bien claro.

Y sonriendo con ironía, nos señaló a la encina más próxima. Efectivamente: clavada en ella, desde los tiempos en que el monte era propiedad privada, había una cartela que decía: «Se prohibe el paso».—MANUEL MARTÍN».

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 — CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFÍA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 5,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección diríjase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

PUBLICITAS, S. A.

ADMINISTRACIÓN DE LA PUBLICIDAD DE

PRENSA GRAFICA

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTLO. — MADRID —

TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA (S. A.) 57885 Y 57884

PARA ADELGAZAR

SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2

ESPECTÁCULOS

PARDIÑAS

Mañana, miércoles, acontecimiento. ESTRENO

EL MESON DEL PATO ROJO

Opereta "ballet" de gran espectáculo.
Original de PORTILLO y ROMO

TIVOLI

GRANDIOSO EXITO DE **Conchita Montenegro** EN EL FORMIDABLE FILM

Noches de París

CALATRAVAS

LA FORMIDABLE SUPERPRODUCCIÓN

EL REY DE LOS CONDENADOS

CREACIÓN GENIAL DE CONRAD VEIDT

Palacio de la Música

Todos los días triunfa en su

4.ª semana

Suzy

SALAMANCA

GRAN EXITO DIARIO

La novia que vuelve

Sublime creación de CLAUDETTE COLBERT

DURRUTI

EXITO GRANDIOSO

Capricho frívolo

Humor - Amenidad - Ingenio

MADRID-PARIS

Todos los días

ADAN SIN EVA

3.ª semana

CAPITOL

Sigue triunfal en su **3.ª** semana

El bailarín pirata

LA GRAN SENSACION DE COLOR, POR
CHARLES COLLINS
EL BAILARIN IDOLO DE BROADWAY

EL ÉXITO DEL AÑO

Es un film RADIO..., naturalmente

PRENSA

La emocionante superproducción

La sombra del hampa

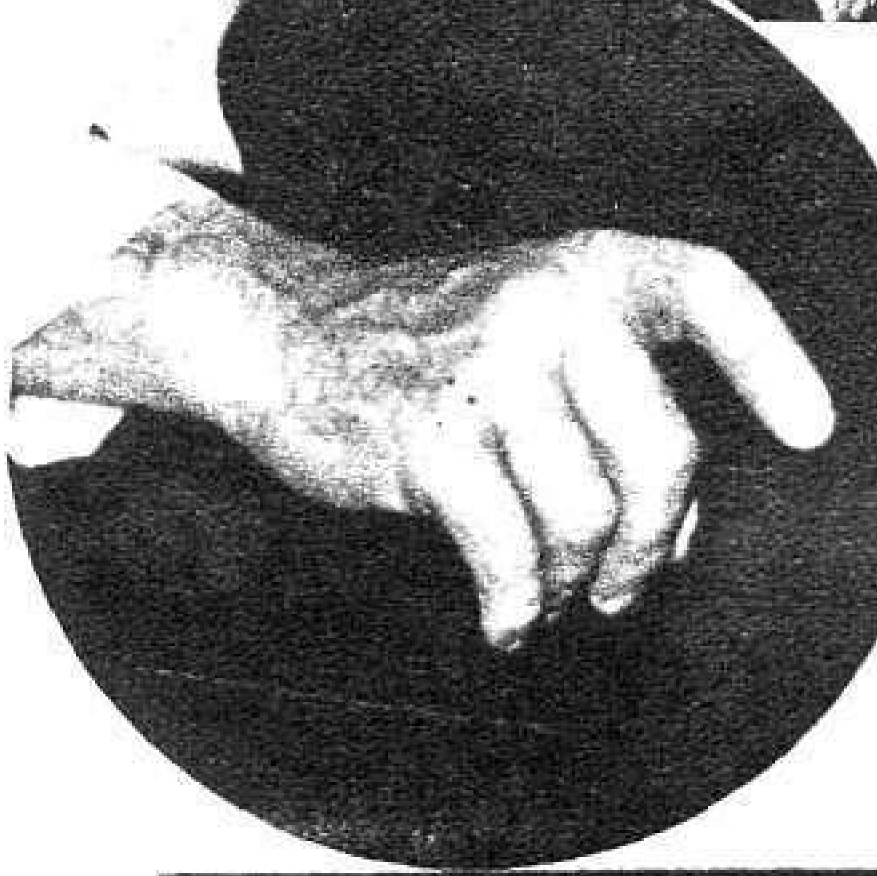
por Franchot TONE y Mande EVAN

El Destino de HITLER, revelado por sus manos

El hombre que predijo la muerte de Doumer

Doumer, y en el círculo, ampliadas de la misma fotografía, sus manos, en las que Ranald leyó el trágico Destino del presidente asesinado

Cómo se han cumplido algunas profecías del capitán Ranald



Roosevelt y sus manos, en las que Ranald vió la brillante posición que alcanzaría el hoy presidente de los Estados Unidos

ERA en los días de la Gran Guerra. Un capitán del Ejército austríaco, José Ranadl, estaba con permiso en Viena. Había llegado del frente, acompañado de un gran amigo suyo, soldado en el mismo regimiento. Tenía este soldado una gran afición a los estudios y las prácticas de Quiromancia. Fué, con su amigo el capitán, a visitar a un profesor universitario, que tenía también la pasión de estos temas.

El profesor vió las manos del soldado. Las *leyó*. Y predijo, por las rayas y los signos de ellas, una muerte próxima para el soldado.

El capitán Ranald quiso también que sus manos fuesen examinadas por aquel hombre. Se las presentó. El profesor las miró y remiró atentamente.

—No. Usted vivirá mucho tiempo. Y eso que le veo estar en peligro muchas veces. Viajará usted por todo el mundo. Se encontrará en su vida con muchos grandes hombres de su tiempo.

Marcharon los dos amigos de la casa del profesor. Acabada la licencia, regresaron al frente de combate. El soldado, en una batalla, murió. El capitán sólo resultó herido. La profecía había empezado al cumplirse.

Aún hirieron algunas otras veces al capitán Ranald. Mas éste logró salvar siempre la vida. Acabada la guerra, regresó a Viena, y se interesó por aquella clase de estudios. Asistió a las clases de Psicoanálisis que daba Freud; se doctoró en Filosofía en la Universidad de Viena. Fué periodista; viajó mucho; se especializó en los estudios de Quiromancia... Conoció; *leyó* millares de manos; entre ellas las de muchas figuras conocidas de nuestro tiempo. Marchó a Nueva York, donde hoy es la máxima autoridad en estas materias científicas fronteras del misterio. José Ranald es un creyente apasionado de la Quiromancia, a la que considera como una ciencia de profundo valor humano. Hace poco publicó en Nueva York un libro, en el que expone sus teorías sobre el tema, ilustrándolas con una larga e interesantísima serie de interpretaciones, hechas por él mismo, de manos de figuras destacadas.

«El análisis de las manos—dice en ese libro—será una parte muy importante de la Psicobiología. En todos los tiempos, el médico se ha servido de ellas para hacer sus diagnósticos, y para el psicólogo es una fuente de información que lo orienta en forma científica, porque, sobre todo, las manos son, en mi opinión, el puente que une los estudios de los médicos, biólogos y fisiólogos con las investigaciones de la Psicología.»

En su libro recoge Ranald los análisis que hizo de las manos de muchos personajes mundiales. En la mano del que fué, por tiempo brevísimo, rey de Inglaterra y hoy es duque de Windsor nada más, vió dos líneas cortas de matrimonio, lo que significa que «hay o habrá dos mujeres en su vida».

Examinó las manos de Roosevelt tres años antes de que éste subiera a la Presidencia de los Estados Unidos. Y vió, a través de ellas, que aquel hombre «entraría a ocupar un gran puesto en la Historia de Norteamérica».

Vió también, en Francia, las de Paúl Doumer, en una entrevista que éste le concedió. Doumer era entonces presidente del Senado. «Tenía—dice Ranald en su libro—una mano inusitada; en algunos aspectos, trágica; el quiebro de la línea del Corazón indicaba una extraña fatalidad; el rumbo de su Destino le señalaba altos honores; pero, al mismo tiempo, un desenlace trágico. Escribí mi impresión en algunos diarios, y dos años después Paúl Doumer era elegido presidente de la República francesa. Pocos meses más tarde era asesinado.»

En la mano de Hitler la línea de la Vida termina en cruz, «lo que puede ser signo de un fin violento». Otros rasgos «reflejan una ambición sin límites». La línea de la Cabeza, terminada en una isla, acusa una debilidad que puede ser funcional u orgánica del cerebro. «La línea del Destino—escribe Ranald en este libro interesantísimo—, que comienza con una cruz y es interrumpida por una estrella, revela que su Destino está fuera de control; está marcado con una terrible y trágica misión.»